
INTRODUCCIÓN

Hasta la más larga caminata comienza con un paso

Proverbio hindú

Este libro lleva escribiéndose más de diez años.

En enero de 2009 ya llegaba tarde, pero aun así me animé a abrir un blog para poder encontrar un corro con el que compartir una pasión naciente y otra latente: las series de televisión y la escritura de críticas. Aquello me cambió la existencia. La pasión se transformó en investigación y la serialidad en un modo de vida. Gracias a “Diamantes en serie” me he forzado a pensar estas historias por fascículos no solo desde su dimensión estilística, dramática y narrativa, sino también desde la antropología, la cultura, la sociología o la política. Las ficciones son apasionantes, también, porque son especulares: nos permiten tomarle el pulso a una época.

Eso intenta este manuscrito: reflexionar sobre los parámetros culturales que proyectan las series de la última década larga. Unas veces acudiendo a emblemas de calidad como *The Wire* o *Mad Men*; otras rastrillando series casi desconocidas como *In the Flesh* o *Review*; y algunas más encarando fenómenos planetarios de la talla de *Juego de tronos*, *Chernobyl* o *Stranger Things*. El pegamento que une las páginas de este volumen es tan variado como sus capítulos y la única premisa común es una selección de series que fueran sabrosas para un análisis que trascienda su condición puramente estética. Por eso no comparacen *Lost*, *Hannibal* o *Rick y Morty*, por ejemplo, que encajan mejor en un futuro volumen sobre estilo y narrativa. En este libro caben teleficciones que de forma explícita aborden cuestiones actuales, polémicas, episodios históricos controvertidos, aspectos ideológicos poco tratados o, simplemente, propuestas disidentes para temas tratados por la crítica especializada en términos monocordes, forzados o tópicos.

De ahí nace el título de estas páginas: *Series contra cultura*. Porque los textos aquí reunidos —repensados, reescritos y agrupados temáticamente— aspiran a entablar un diálogo intelectual, sin caer yo mismo, espero, en el dogmatismo. Un coloquio con y contra las ideas dominantes, en un momento donde el espectro de conversaciones aceptables —la ventana de Overton— se va achicando, especialmente en universidades y medios de comunicación. En un entorno donde predominan las lecturas llamadas progresistas o, en habla estadounidense, “liberales” —lo que en España se resume, sin matices,

como de izquierdas, oscilando desde el marxismo cultural posmoderno hasta la socialdemocracia identitaria—, las reseñas aquí propuestas parten de una mirada que bebe, sobre todo, de los principios del humanismo y el liberalismo clásicos, comúnmente llamados —también sin matices— conservadores. Y tal vez lo sean, en el sentido scrutoniano del término, como aspiración a preservar todo lo bueno y bello de la tradición cultural.

Hace décadas que en las universidades predominan los denominados “Estudios Culturales”, sobrinos de la “Critical Theory”. Esta disciplina académica, que ha dominado las facultades de humanidades y de comunicación anglosajonas desde los 60 hasta hoy, parte de la premisa que toda manifestación cultural expresa una serie de relaciones de poder que el crítico —estudioso, académico—, por una suerte de imperativo moral, tiene obligación de desvelar y cuestionar. Este sesgo intelectual se aplica al ámbito audiovisual. En consecuencia, los análisis de obras de la cultura popular tales como las películas o series de televisión tienen como misión revelar esas porosas manipulaciones subterráneas, esa perpetuación de supuestas opresiones invisibles y estereotipos políticamente inaceptables. Este libro se propone el camino inverso: recuperar, en primer lugar, la fertilidad del análisis estético para iluminar la belleza, grandeza y complejidad de una serie para, a continuación, hincarle el diente a los litigios de fondo. Así, los textos aquí compilados pretenden también rescatar valores antropológicos y humanistas que tienen mala prensa o se consideran trasnochados, reivindicar lo valioso o inevitable de la ortodoxia, y contrarrestar lecturas que arramblan con los matices y profundidad de una obra al valorarla con aprioris o estrechez de miras.

El lector juzgará si esta pulsión contracultural merece la pena o si, como D. Quijote, la he emprendido contra molinos de viento.

Ver series ya no es cool. Lo suyo es releer novela rusa del XIX, debatir sobre lo consciente y lo inconsciente en el cine de Apichatpong Weerasethakul, escuchar podcast de *true crime* y suscribirse (que no necesariamente leer)

al *New Yorker*. Sin embargo, desde hace años las series de televisión alcanzan una audiencia global y millonaria. Componen uno de los fenómenos más vibrantes, comentados y consumidos de la cultura popular contemporánea. Como tales, no solo nos hacen pasar estupendos ratos de diversión e intriga, sino que se erigen en potenciales transmisores de ideas, detectores de tendencias sociales y precursores de costumbres. Hay series más militantes y otras más ecuánimes, hay obras conscientes de su postura política y otras en las que la fuerza del relato se impone a cualquier tesis. La variedad es gigantesca: al fin y al cabo, llevamos más de una década viendo series muy por encima de nuestras posibilidades.

La hemorragia de Netflix, el posicionamiento de Amazon Prime Video, la solidez de HBO, la emergencia del Nordic Noir o el salto de calidad de las propuestas “Made in Spain”, entre decenas de etiquetas productivas, hacen que desde hace años sea ya imposible manejar un canon televisivo. Uno ve lo que puede, lo que le recomiendan prescriptores de los que se fía o lo que dictan sus intereses genéricos, temáticos o geográficos.

Ante la actual infinitud de posibilidades, este libro, como he anticipado, se centra únicamente en series que le toman el pulso —unas veces implícita, otras explícitamente— a facetas culturales, sociales, políticas e ideológicas que conservan relevancia en el mundo de hoy. Asuntos discutidos y discutibles que asoman por las ficciones televisivas: el descrédito del heroísmo clásico, cercado por una posmodernidad cínica, la ubicuidad de las políticas identitarias en una época de sentimentalismo exacerbado, la vigencia del amor para toda la vida en un tiempo de relaciones líquidas, la esperanza de redención en un clima cultural derrotista o el prestigio del malditismo en una juventud desnortada y autocomplaciente.

La mayoría de las series en las que se abordan estos aspectos son ficciones que no renuncian al entretenimiento, aunque puedan oscilar entre el aire palomitero de *The Mandalorian* y la introspección indie de *Rectify*. En todas las partes del libro —incluso en la dedicada a David Simon— la heterogeneidad de presupuestos y formatos es la norma: lo mismo se analizan las seis temporadas de la grandiosa *The Americans* que una miniserie rumbera

y preñada de simbolismos como *Russian Doll*. Se puede reflexionar sobre el más allá desde el dramatismo metafísico de la exigente *The Leftovers* o desde la simpatía para todos los públicos de *The Good Place*. Para diseccionar los orígenes del mal viajamos de la mafia italiana (*Gomorra*) al totalitarismo soviético (*Chernobyl*) pasando por el terrorismo de ETA (*La línea invisible*) o la psicopatía de la mente dañada (*Mindhunter*).

En total comparecen 58 series en este volumen. El lector saltarín, fragmentario o alérgico a los *spoilers* puede acudir fácilmente a los análisis que desee consultando el índice. Para el resto, la estructura sigue un orden temático que aspira, además, a engendrar ecos entre las partes en las que se divide este volumen. Así, por ejemplo, el primer capítulo se centra en cómo diversas ficciones han reflejado el asunto del matrimonio y la familia mientras que el segundo observa su desintegración en las nuevas generaciones, esas juventudes que los fabricantes de sueños suelen presentar desesperanzadas y a la deriva.

Frente al existencialismo y hedonismo que caracteriza *Girls* o *Euphoria*, el tercer capítulo rescata series que reflexionan sobre la redención y las segundas oportunidades (*Happy Valley*, *After Life*, *Undone*). El frontón de estos análisis luminosos llega con la oscuridad que permea “Nostalgia de lo imposible”, un capítulo en el que se rastrea la agonía íntima por una felicidad inalcanzable o el miedo social por un futuro en pánico y neomalthusiano. La coda de este trípico de capítulos la entona “Las razones de la fe”, donde el sempiterno debate entre creencia y razón —en una época de secularismo incontestado— se vehicula a través de, por ejemplo, series que abordan el exorcismo, como *Evil* o *Apparitions*.

Sin necesidad de hacer rabiarse al demonio con agua bendita, el quinto y sexto capítulos tienen como cordón umbilical la maldad. Por un lado, en “El Mal y sus atributos” se exploran series que miran al monstruo a los ojos para escrutar las aristas del odio, el crimen y el fanatismo. En “La tarea del héroe” brilla el mejor antídoto: se aplauden series que, sin caer en el maniqueísmo o la simplificación, revelan una reivindicación de las coordenadas eternas, inspiradoras, del arquetipo clásico.

El siguiente capítulo (“Yo soy nosotros”) se zambulle en una de las grandes trincheras de las guerras culturales recientes: el auge de las identidades colectivas. La raza, el sexo, la orientación sexual o el fenómeno *trans* son elementos clave para analizar la resonancia de series tan distintas y distantes como *Transparent*, *The Last Dance* o *Curb Your Enthusiasm*. El noveno capítulo podría considerarse un epílogo del anterior: propuestas que, más que flirtear con los problemas de las *identity politics*, los simplifican y los llevan al paroxismo por la postura paternalista y tendenciosa de los creadores. Salvo en la ética de la representación en *Juego de tronos* —donde lo que se discute es la recepción de la obra, no tanto la serie en sí—, las críticas de *The Handmaid’s Tale*, *The Newsroom* y *Masters of Sex* evidencian cómo el calzador ideológico lesiona no solo la eficacia dramática de esas series, sino la necesaria verosimilitud del relato.

Los últimos dos capítulos versan sobre “el sistema”, un término que habitualmente adopta una carga peyorativa, como si las carreteras y los hospitales hubieran emergido por combustión espontánea en Occidente. Frente a obras y lecturas *destroyer* que se empeñan en denunciar lo mal que está todo y cómo habría que reconstruir la sociedad desde sus cimientos —dando por supuesto que todos los que vinieron antes que nosotros eran peores o más tontos—, la apuesta de las series reseñadas en “Refutación y elogio del sistema” parte de una constatación pinkeriana del progreso: “No cabe duda de cuál ha sido la mejor época para la cultura; la respuesta tiene que ser hoy, hasta que sea reemplazada por el mañana”. El optimismo es racional y, por tanto, se puede estar a favor del cambio y el progreso, pero sospechando de todos aquellos que proponen proyectos grandiosos que pretenden suplantar lo bueno por lo perfecto. Ya conocemos dónde desembocan las utopías. Por eso David Simon tiene un capítulo para él solito. Su televisión parte de una maciza convicción ideológica, pero en su ejecución tiene cabida la semilla del liberalismo clásico, el desprecio al paternalismo con las minorías o la redención, incluso, de seres inicialmente a la deriva como un Bubbles en *The Wire* o un Antoine Batiste en *Treme*.

Este libro comenzó a redactarse hace una década, pero ha sido la pandemia —ese gigantesco serial, de final incierto— la que ha acabado por darle forma. Teletrabajar con cuatro churumbeles —adorables sí, pero niños al fin y al cabo— imponía la necesidad de carreras de corta distancia, esto es, textos fragmentados, en los que pegar un potente esprint, antes que un prolongado y afanoso ensayo académico sobre las profundidades del ser y la nada. Por eso, aunque suene paradójico, los “culpables” de este libro son mis hijos: sin ellos confinados jamás me habría animado a confeccionar una obra divulgativa. También tengo que agradecer a Pablo Castrillo y Jaime Santirso que hayan leído partes del manuscrito, a C.J. Navas que lo haya alentado en público y en privado, y a Javier Balibrea por su empuje siempre entusiasta desde EUNSA. El último agradecimiento ha de ser para Miriam: no solo por advertirme mil y un detalles que se me pasan en cada serie que vemos juntos, sino, sobre todo, por protagonizar cada capítulo de mi vida.